



Luis Alegre Zahonero, *Elogio de la homosexualidad*, Arpa, Madrid, 2017, 200pp.

## Homosexualidad y Progreso

Los dos últimos libros de Luis Alegre Zahonero pueden, por supuesto, leerse por separado, pero juntos tienen algo de milagroso. En *El lugar de los poetas* encontrábamos la confirmación de una convicción de Hannah Arendt: el problema de lo político es el problema del Juicio, de la Facultad de Juzgar, y así debe ser leída la *Crítica del Juicio* de Kant. Lo que ocurre es que las conferencias y artículos que Arendt escribió al respecto se entienden con bastante, aunque relativa, dificultad, mientras que el libro de Luis Alegre es de una claridad impactante. No se trata de que haya logrado explicar la que es sin duda la obra más difícil de Kant poniendo como referencia la actualidad política de nuestros días (y en concreto, la creación de Podemos que en gran medida es obra suya, al menos en lo que tiene de bueno). Esto es, sin duda, algo muy notorio, porque no suele haber un gran acuerdo sobre esta obra de Kant, ni siquiera sobre el tipo de problema del que se ocupa. Pero lo admirable es haber logrado explicar que lo que se está jugando en la *Crítica del Juicio* sólo se entiende cuando comprendes que trata de aquello que por encima de todo nos estamos jugando siempre en cualquier actualidad política (en la nuestra y en cualquier otra), de modo que, como siempre ocurre con los filósofos cuando de verdad se entiende algo de ellos, de pronto caes en la cuenta de que Kant es tu interlocutor político imprescindible. Será por causalidad, pero el hecho es que entre los asesores intelectuales de Podemos –un partido al que tanto se le acusa de populismo barato– hay una abundancia abrumadora de autodenominados kantianos. Es verdad que la explicación laclausiana del fenómeno ha estado más de moda, pero en los libros de Luis Alegre puede leerse la otra versión, con la diferencia de que el discurso laclausiano es medio incomprensible y a él, en cambio, se le entiende de corrido. Por mi parte, me he explicado en el epílogo del libro que Luis Alegre me propuso escribir, de modo que no insistiré más en ello y me centraré ahora en el otro libro que ha publicado casi a continuación.

*Elogio de la homosexualidad* es, en gran medida la continuación directa de *El lugar de los poetas*, su aplicación al caso concreto de las identidades de género. Es un libro que puede llegar a desconcertar, precisamente por la diversidad de públicos al que es capaz de llegar. Si Kant hubiese escrito un manual de autoayuda para homosexuales –cosa improbable, pero no imposible– no cabe duda de que este género literario habría quedado muy dignificado. De alguna forma, el libro de Luis Alegre *Elogio de la homosexualidad* cumple perfectamente ese papel. Hay que decir que, como manual de autoayuda, sirve también para heterosexuales, porque les ayuda a entender que su identidad sexual no es un destino inevitable. Pero el libro es, además, al mismo tiempo, otras cosas. Ante todo, se trata de una reivindicación

filosófica del concepto de *progreso*. Y también conviene leer el libro en este sentido, en el que no sólo es interesante para los homosexuales o los heterosexuales, sino que también lo es para los filósofos.

Luis Alegre plantea la lucha de los homosexuales como uno de los pocos casos en los que la causa del progreso moral de la humanidad ha obtenido victorias inequívocas. No se pueden poner muchísimos ejemplos. Desde luego, por el lado de la tecnología es siempre peligroso hablar de progreso porque, si bien no cabe duda de que es mejor un mundo con vacunas que sin ellas, no está muy claro que los móviles, la televisión o internet nos hayan hecho en general más felices, y, además, en el mismo lote del progreso técnico o industrial también se incluyen el cambio climático y la devastación ecológica, con lo que es difícil hacer inventario de lo que la humanidad ha salido ganando o perdiendo.

Sin embargo, aunque todo es discutible, no todo es relativo, al menos si se discute en un espacio público. Hay causas que están perdidas *si se discuten públicamente*. Y hay causas que, para ganar, lo que más necesitan es, precisamente, que se discutan en público. Esto es un hecho muy notable a tener en cuenta. Resulta que eso que la Ilustración llamó espacio público juega con las cartas marcadas. Lo que pasa es que es que están marcadas por la razón. O mejor dicho, es más realista contarlo al revés: no podemos llamar razón más que a lo que queda marcado en la discusión pública. Es decir, el medio mismo de la discusión, en este caso, el espacio público, no es en absoluto neutral. Se trata de una especie de confirmación ilustrada del conocido mantra “el medio es el mensaje”. Pues, en efecto, la publicidad, la luz de la Ilustración, juega ahí con una gran ventaja y apuesta por determinados contenidos y no otros. Pongamos un ejemplo. Una vez que las mujeres conquistaron su derecho a votar, resulta imposible argumentar en un espacio público a favor de la supresión del sufragio femenino. O por lo menos, resulta imposible convencer públicamente. De hecho, como muy bien recuerda Luis Alegre, la lucha sufragista, lo mismo que la lucha por la igualdad de los hombres de color, siempre luchó, ante todo, por hacer que la cosa se discutiera públicamente, porque, de alguna forma, se sabía que si se llegaba a plantear en una discusión pública, la causa ya estaba ganada.

Guardando las distancias, eso mismo se planteó sin cesar en la lucha contra el Plan Bolonia en la Universidad. Los estudiantes y los profesores que nos oponíamos a lo que llamábamos la mercantilización de la enseñanza, lo que más pedíamos era que se nos dejara discutir públicamente. Porque sabíamos que entonces teníamos ganada la batalla. Pero la voz de la comunidad universitaria fue enteramente suplantada por la de los expertos de la educación y los tecnócratas de libros blancos. Y cuando, finalmente, el movimiento estudiantil logró presentar batalla en algunos debates multitudinarios en los salones de actos de las Universidades, las autoridades académicas y ministeriales decidieron recurrir a la propaganda y hacer una campaña de marketing en los medios de comunicación que silenciara y compensara los avances de la discusión. Según la luz de la publicidad (en el buen sentido) ganaba terreno, se recurría a la publicidad (en el mal sentido) para contrarrestarlo. Sería muy largo profundizar en lo que pasó, pero bastará saber que uno de los documentos más beligerantes, firmado por decenas de Juntas de Facultad y por las conferencias de decanos, un documento, por lo tanto, público, elaborado por instituciones públicas mediante la discusión pública de los representantes legítimos de la ciudadanía universitaria, no logró saltar a la prensa más que porque la Facultad de Filosofía de la UCM decidió pagar una página de publicidad (en el mal sentido) en el periódico *El País* (9.000 euros costó la cosa, un sólo día).

Pero, volviendo al tema. Luis Alegre se toma muy en serio la muerte de Dios. Pero también se toma muy en serio evitar que esta constatación tenga que desembocar en cualquier suerte de relativismo postmoderno o nihilista.

Lo que a mi entender vienen a decir los libros de Luis Alegre es que, aunque Dios no existe, los seres humanos tenemos algo de divino. Que, tal y como decía un famoso texto de Aristóteles, no debemos resignarnos a ser hombres puesto que somos hombres, ni mortales puesto que mortales somos. Somos capaces de una suerte de divinidad en tanto que nos es posible acceder a ciertos niveles de objetividad, cuando decimos o hacemos cosas verdaderas, justas o bellas. Que Dios haya muerto podría significar que toda traza de divinidad o de objetividad hubiese sido tan borrada del mapa que no hubiera otro remedio que sostenerse en un relativismo nihilista. Sin embargo, hay alguna forma de dar la razón a Nietzsche sin que deje de tenerla Aristóteles. Es cierto que tras la muerte de Dios sabemos perfectamente que nadie puede pretender tener la verdad o la justicia en sus manos, en virtud de alguna suerte de revelación o prepotencia racional o ingenuo racionalismo dogmático. Hay pretensiones de tener razón, pero no dejarán de ser eso mismo, pretensiones. Y, sin embargo, decía Aristóteles, cada vez que un error corrige a otro error, nos alejamos de la falsedad y, por lo tanto, nos aproximamos a la verdad. Y esto ocurre en un sentido teórico, respecto a la verdad, y en un sentido práctico, respecto a la justicia. Esto es ya bastante para que el ser humano tenga el derecho de sentirse “algo más que humano”, para que sienta que algo de divino. Si fuésemos dioses diríamos cosas verdaderas y justas. Pero no lo somos ni dejamos de serlo del todo. La condición humana consiste en que, aunque no seamos dioses, distinguimos que hay cosas más verdaderas y más justas que otras. Y que, por lo tanto, somos capaces de progresar. El mandato evangélico, “hazte un hombre mejor” expresa, en verdad, todo el meollo del que nació y por lo que la filosofía tiene su sentido. No somos dioses, pero somos un bicho raro que es capaz de progresar. Y eso es lo que tenemos de dioses.

Desde luego, el progreso tiene poco que ver con el hecho de que tengamos móviles o misiles cada vez mejores, pues precisamente en estos casos la palabra “mejor” es de lo más relativa. Pero la cosa es más grave aún: también es muy relativo que sea bueno o malo que haya esclavos o que las mujeres voten o no, o que los homosexuales sean o no ahorcados, pues desde ciertos intereses, desde ciertos estatus, desde ciertos universos ideológicos puede siempre parecer sensata una cosa u otra. Que haya esclavos puede ser quizás malo para los esclavos, pero no para los amos. Y siempre habrá argumentos muy buenos a favor de la esclavitud, poco más o menos del mismo tenor que los que hoy defienden que la mano invisible del mercado necesita de la pobreza de la gente para evolucionar hacia un mundo mejor.

Y sin embargo, hay un hecho notable en el que desembocan los últimos libros de Luis Alegre: en un espacio público, en el que los actores hablan no en tanto que padres o hijos, esclavos o amos, mujeres u hombres, sino en tanto que ciudadanos, salta a la vista que no todo es relativo y que hay ciertas cosas que tienen muy pocas posibilidades de éxito al ser discutidas en público. En un espacio público hay cosas que no tienen marcha atrás. Por procedimientos legales, en un espacio público, es imposible quitarle el voto a la mujer una vez que lo tiene o quitar derechos a los homosexuales una vez los han conseguido. Y hay cosas que para salir adelante no tendrían otra opción que la de, precisamente, corromper el carácter público del espacio de discusión. Cosas, incluso, que basta sacarlas a la luz pública para que se haga muy difícil seguir defendiéndolas.

Esto es suficiente para defender que la humanidad puede progresar, que es susceptible de civilización. Es tanto como decir que el espacio público es la única brújula de objetividad que posee el ser humano políticamente. Es en el único espacio en el que no todo es relativo. Por eso, la defensa de la Ilustración no es tanto la defensa de la razón (porque nadie puede alardear de tenerla), como la defensa del espacio público, pues somos conscientes que este es la única ventana que es posible abrir a la razón en este mundo. No tenemos derecho a llamar razón –Voltaire acierta aquí de lleno– más que a “aquello en lo que los hombres se ponen de acuerdo cuando están tranquilos”. Para estar tranquilo y tomar la palabra en tanto que ciudadano que no está agitado por los intereses de una determinada condición social o económica hace falta generar una condiciones institucionales muy precisas y exigentes. Los teóricos del Estado Moderno, en general, las pensaron con gran maestría, de modo que sabemos bien en qué consisten: la división de poderes, la inmunidad parlamentaria, la democracia representativa, la libertad de prensa y de expresión, la independencia civil de los ciudadanos (que les permite tomar la palabra sin depender de otro que habla a través suyo), etc. Y el gran problema nunca ha sido que estas condiciones institucionales haya que pensarlas mejor o que haya que tener alguna ocurrencia más auténtica, lúdica o participativa. El gran problema, la cuenta pendiente de la herencia de la Ilustración, es que esas condiciones nunca se han dado suficientemente, de modo que el espacio público, por el momento, no ha logrado más que balbucear. Lejos de haber superado la modernidad, podríamos decir que la modernidad nos queda muy lejos aún. La derrota de la Ilustración ha prolongado un oscurosísimo medievo en el que la luz pública está secuestrada por unos cuantos oligopolios mediáticos y los parlamentos están chantajeados por poderes económicos que no dirimen sus cuentas públicamente. El nazi Carl Schmitt –que sabía perfectamente lo que se decía– lo resumió muy exactamente con estas palabras envenenadas pero cargadas de razón: “seguro que no queda ya mucha gente en Europa dispuesta a renunciar a las libertades parlamentarias. Pero me sorprende que haya gente tan ingenua como para pensar que esas libertades se van a mantener si algún día osan tocar los intereses de los dueños del poder real”. El capitalismo no deja mucho margen al juego de la publicidad. Por supuesto que la tolera y esa es su coartada, pero en unos márgenes muy estrechos que dejan a salvo el carácter salvaje y feudal de los poderes económicos.

Ahora bien, doscientos años de capitalismo no deben confundirnos sobre el verdadero campo de batalla en el que se juega el progreso de la humanidad. Hay ciertas cosas que no tienen marcha atrás en un espacio público y que, para suprimirlas, hay que anular, chantajear o silenciar la voz de la publicidad. Llamaremos razón y consideraremos signos de civilización a todo aquello que cumpla esta condición. No sabemos ni mucho menos, a priori, a donde nos llevarían los vientos en este sentido, pero sí tenemos algunas garantías. La primera es que sabemos distinguir entre victorias y derrotas de la razón. La segunda, que ya conocemos no pocas victorias, no pocas cosas que no tienen marcha atrás con arreglo a derecho, que no es posible convencer hablando públicamente en su contra. No son muchísimas, porque los poderes privados, el salvajismo feudal económico, no nos ha dejado mucho margen. Pero son incuestionables: no es posible restaurar la esclavitud con arreglo a derecho (ni por mayoría absoluta) o quitarle el voto a la mujer o prohibir los matrimonios interraciales. Tenemos una sanidad pública y una escuela pública. Ambas habrían sido ya suprimidas (mucho más aún de lo que ya han sido dañadas) si no fuera por la dificultad de argumentar públicamente en su contra. El LGTB también ha

logrado ganar, contra viento y marea. Y para retroceder en sus conquistas, habría que retroceder tanto en libertad y democracia, que se puede decir que la cosa ya no tiene marcha atrás.

Carlos Fernández Liria